

Bernardino de Pantorba

Elogio de José Clará

Barcelona, 1942

Tirada de doscientos ejemplares numerados,
en papel de hilo, no destinados a la venta.

Ejemplar número 001

Para América Cazes de Coua, alma de
este homenaje, inspiradora del artista y
del escritor que sienten el orgullo de ser
sus amigos

Bernardino de Santorba

J. C. Parra'

Elogio de José Clará

Bernardino de Pantorba

Elogio de José Clará

Leído por su autor, en la fiesta de
homenaje a José Clará, celebrada
en casa de los señores Coma-Cazes
el día 14 de febrero de 1942

B a r c e l o n a , 1 9 4 2



MÉRICA Cazes de Coma, con esa gracia amable que su mano sabe poner en las cosas del espíritu, nos reúne hoy aquí para hacernos gentilmente el doble regalo divino de la amistad y del arte. El regalo de la amistad en su persona, y el del arte en su efigie.

Discreta como siempre, después de saludarnos, ella se retira a la penumbra del fondo, para dejar delante, sola y clara en la caricia de la luz, la obra creada por el gran artista a cuyo nombre se adscribe la significación de esta fiesta sencilla y cordial, íntima y grata.

Si ese nombre insigne, por virtud de su obra está aquí, entre nosotros, el hombre también lo está. Es uno de los «nuestros», podríamos decir; o sea, uno de los amigos dilectos de esta casa acogedora. Ha venido muchas tardes a deleitar su oído con el encanto de la música, a la que esta casa rinde porfiado culto. Hoy, menos afortunado que otras veces, tiene que resignarse a oír unas palabras que, para herirle en su modestia, serán palabras henchidas de vibrante alabanza. Exceso de amistad, sin duda, esto de obligarle a oír su propio elogio; única cosa del mundo que el artista vanidoso escucha con rostro placentero; única cosa que el artista libre de la fea vanidad oye.. sin saber qué cara poner.

Yo debo empezar advirtiéndolo: de mí no ha partido la idea, que tanto me honra, de componer este elogio. La idea ha sido de América; feliz como todas las suyas, si bien no acertada en un punto: en la designación del intérprete. Porque la pluma de escritor que va trazando estos renglones es, en efecto, muy poco lucida pluma para salir victoriosa de la empresa a que se ha visto llevada. En defensa de todos, yo sólo puedo hacer esto: obligarla a ser breve; y de este modo, quizás ganen los que me oyen lo que hayan podido perder por ser oyentes míos.

Desde luego, no vaya a verse en mis palabras una presentación en toda regla del artista a quien en estos momentos rendimos nuestro homenaje. Presentar a José Clará, escultor de vasto renombre dentro y fuera de España —de vasto renombre merecido—, sería, a más de ocioso, pueril, casi ridículo.

El objeto de esta charla no es, pues, otro que el de hacer — ya que alguien ha de hacerla — la ofrenda del acto admirativo que aquí nos congrega, gustosos todos de que se nos brinde con él la ocasión de admirar y agradecer — admirar y agradecer: dos finos goces del alma limpia —; y, como parece obligado, para dar mayor extensión a esa ofrenda gustosa, que el escritor diga algo, sólo algo, de lo mucho que le sugiere la contemplación del arte de Clará, voy a intentar recoger en unas pocas líneas, sin pretensiones biográficas ni rigor crítico alguno, una especie de boceto de semblanza; quizás menos: unas simples notas tomadas al paso.

No hay obra de arte muda; cuando nos muestra su belleza, la obra de arte ya nos habla, y, al hablarnos, como ese agudo interlocutor que mueve la maravilla de los diálogos platónicos, suscita en nosotros un enjambre de voces que se levantan en nuestro interior para el diálogo ideal. Sí. La obra de arte siempre es sonora y siempre nos despierta sonidos propios, sonidos nuevos. Fecundiza nuestro ser, abriéndolo a los desconocidos horizontes. Habla y nos hace hablar.

La de Clará, como pura obra de arte que es, tiene magnífica elocuencia. El gran lenguaje de la forma plástica — de la forma dotada de sentimiento — sabe hablarlo insuperablemente. «Dice» y sugiere.

Llegamos nosotros a la contemplación y disfrute de esa obra, en el punto en que puede brindarnos mayores y más hondas emociones. Porque la personalidad de su autor, alcanzada su plenitud, no nos ofrece ya sino fruto pleno; labor colmada de armonía; obra en entera sazón; estilo depurado, vale decir, totalmente «formado».

Las fases de formación de ese estilo, diversas y largas, ya han sido cu-

biertas; las enseñanzas e influencias ajenas, ya asimiladas. Muy alejado de la zona del tanteo — que, por fecundo y útil que sea, no deja de ser tanteo —, ahora, todo lo que producen las manos egregias de Clará es profundamente personal, afirmativo, perenne. Se puede decir, sin vacilación alguna: toda obra actual de Clará es una obra de Museo.

La más exigente crítica ha tenido, para el arte de este magno escultor catalán, fervorosos acentos encomiásticos. Yo, pues, en realidad, no agrego nada al expresarme así. El artista ha recibido ya todos los galardones apetecibles: desde esas recompensas primerizas que en la juventud incitan al trabajo y son compañeras de los penosos avances, hasta el alto premio que en la madurez de la vida consagra triunfalmente la labor esforzada y asegura el prestigio en los cimientos del futuro.

Nacido en la más bella de las cuatro provincias catalanas — queda nombrada la tierra de Gerona —, Clará llega al arte de la escultura con un sentimiento de la forma que podemos llamar mediterráneo.

Los años de su aprendizaje pertenecen a una época verdaderamente lamentable para el arte escultórico español. Alguien ha llamado a nuestros escultores de aquel tiempo, poniendo en la frase evidente intención despectiva, «los escultores de la Regencia». Perdido el profundo sentido de la forma y, con él, toda la esencia de la estatuaria, nuestra escultura «de la Regencia», o cae en los amaneramientos de un neoclasicismo frío, ramplón, sin nervio ni densidad, o se despista cultivando el *bibelot* en mayor o menor tamaño, compañero digno del cromo pictórico, también en auge por aquellos días.

Clará, muchacho inexperto, ávido de hallar un rumbo para la sed de arte que le ilusiona y hostiga, se salva del pernicioso contacto de su tiempo, por el sistema expeditivo de la franca huida. Huye del ambiente pobre de la escultura catalana y se refugia en Francia. Después de una prolongada permanencia en Toulouse, durante la cual se ejercita en el oficio, al lado de su hermano Juan, en un modesto taller de marmolista, llega a París y entra en la gran ciudad con ese paso seguro de quienes van decididos a

conquistarla, labrándose allí la fama. Sufre, por supuesto, las horas amargas de la lucha; esas horas durante las cuales el artista se busca a sí mismo, buscando su expresión artística; las horas en que, con ser tan importante la preocupación por alcanzar los bienes materiales imprescindibles para poder llevar adelante la carga de la vida, tiene mucha más importancia y ocupa mayor espacio en el área de los diarios afanes, la tensión espiritual por el logro de los sueños de arte que dan a la vida calor y valor.

Corren los primeros años de este siglo. Rodin es, a la sazón, el pontífice máximo en la escultura europea. Su apasionado romanticismo, la exaltación de la forma por el sentimiento, el dinamismo dramático que infunde a sus figuras..., todo lo que caracteriza al célebre maestro francés deja una huella incisiva en la turba simpática de sus discípulos e imitadores.

No puede permanecer ajeno a esa huella el artista catalán de quien hablamos, y modela no pocas obras dentro del más fiel concepto rodiniano. Apartándose luego de éste, Clará se acerca a la corriente estética de quienes, partiendo de la enseñanza — mejor diremos, del influjo — de Rodin, llevan los pasos del arte escultórico por caminos distintos. Escultores ilustres de la generación posterior a la de Rodin — como Bourdelle, Maillol y Bernard, por no citar ahora sino nombres franceses — tienen algunos puntos de contacto con la personalidad de Clará. Junto a esos compañeros de la nación vecina, señalando, como ellos, orientación fecunda y saludable, va Clará desarrollando la curva ascendente y firme de su arte. El éxito buscado sonríe, al fin, conseguido. Sonríe en Francia y fuera de Francia y en el propio país del artista. No abandona Clará, aunque instalado en suelo francés, el contacto con su patria española, especialmente con su magnífica tierra catalana; esta tierra tan amada y cuidada por sus hijos, como amante y cuidadosa de ellos. Al tiempo que envía sus obras a las Exposiciones extranjeras, el escultor hace acto de presencia en las nuestras. Y así recibe, simultáneamente, en unas y otras las mieles bien ganadas del triunfo. En 1909 obtiene en París el título de *Sociétaire de la National de Beaux Arts*; en 1910, una medalla de oro en Bruselas; otra, en Madrid; en 1912, igual

distinción en Amsterdam; antes, en 1911, el Gran Diploma extraordinario en Barcelona...

Los años pasan, y cuando José Clará torna definitivamente a la patria, el mozo humilde que a fines del pasado siglo salió de Olot, su pueblo, para hacerse escultor, es ya un artista consagrado. Arranca esa consagración, tan duramente labrada como justicieramente obtenida, de los centros artísticos franceses, na la pródigos, como se sabe, en otorgar fama y prestigio a los valores extranjeros.

El renombre de Clará no tarda en expandirse, con obras admirables, por el ámbito novecentista del arte español. Yo recuerdo ahora, por ejemplo, la exposición de esculturas y dibujos que hizo Clará en Madrid, a fines de 1925, por los días de su ingreso en la Academia de Bellas Artes. Fué entonces cuando le conocí y cuando, en una revista madrileña, tuve el orgullo de hablar por vez primera de sus obras.

Veía yo converger en ellas, como inquietas aguas de varia procedencia en el cristal apacible de un remanso, todas las corrientes modernas de la estatuaria. Porque todo, el aleteo romántico y la serenidad clásica, el patetismo sofrenado, el lirismo contenido, el sentimiento arcaizante, la elegancia renacentista, el amor a la forma pura, gustada con delectación, lo constructivo, lo tectónico... y aún lo académico... todo, se da cita en la producción de Clará.

Así, pues, vista en conjunto, la obra de Clará nos ofrece gran diversidad de acentos. Creo que lo más feliz en ella, lo que perdura y corre por lo mejor de ella, como onda vital, es el valor gracioso o fuerte, delicado o brioso, de su modelado. Clará es esencialmente un escultor; lo que significa, un hombre que ve, ante todo, volúmenes, relaciones de masas, equilibrios de planos, formas reposadas.

Cuando, en la Exposición Internacional de Barcelona de 1929 alcanzó, con sus dos desnudos en mármol — *Reposo y Torso de mujer* — la más elevada de las recompensas que se otorgaron (la más elevada de cuantas ha obtenido el artista), la Medalla de Honor, quiso el Jurado premiar con ella,

no el acierto de las dos obras, aun siendo éste definitivo, sino toda la copiosa y ejemplar labor de un hombre que, maravillosamente dotado para el ejercicio de la escultura, había sabido enriquecer el acervo — no opulento, ni mucho menos — del arte escultórico español con piezas de calidad insuperable.

Unos años más, y llegamos a los días actuales. Me retiene otro recuerdo grato.

Varios meses hace, estuve una mañana en el estudio de Clará — ese estudio suyo de Barcelona que, con tener ya prestigio de museo, no ha perdido el calor ni el rumor de taller afanoso, y todo en él habla, más que de la obra pretérita, de los futuros trabajos de su dueño. La mañana era de limpio sol otoñal. Bañaba la luz alegremente la amplitud de la estancia agradable. La visita no fué breve, por dicha mía. Contemplé mármoles y bronces... Delante de la complacencia de mis ojos, fragantes desnudos de mujer — esos desnudos femeninos que ponen en la obra de Clará la nota más armoniosa — cantaban el himno sereno de sus líneas bellas, el áureo triunfo de su carne en flor...

Frente a las obras concluídas, ya pasadas a la materia definitiva, había en el estudio, sobre caballetes y envueltas en la humedad de los paños grises, varias masas de barro aguardando el amoroso tacto de las manos maestras, para sonreirnos, recién creadas a la luz del arte, en la hermosura de sus formas.

Junto a un caballete, el escultor modelaba. Y ante él, no posando erguida y quieta, sino «viviendo» en la animación risueña de su charla, en el brillo movible de sus pupilas oscuras, en el cambiante panorama de su expresión nunca fría, estaba quien hoy nos reúne en torno suyo. Sobre el caballete, el retrato que ahora, mirándolo, admiramos. La arrogante cabeza tenía ya todo su carácter aprisionado en la docilidad del barro. Faltaba apurarla, concluir la. Pero ya estaba viva.

Escultor, modelo y visitante cambiamos impresiones de diversa índole. Nunca el artista, por seguir el ondulado curso del diálogo, puso una pausa en su tarea.

Yo pensé, en el silencio de unos minutos :

Clará, que es maestro indudable, tiene ahora frente a la sensibilidad de su mirada un modelo digno de su maestría. Sin titubear un instante, América Cazes ha sabido elegir al artista que sabrá perpetuar su perfil en el bronce. No podía ser otro. No podía ser sino quien es, a la hora presente, el más alto representante de la escultura española. La belleza turgente, serena y profunda del modelo no podía hallar sino al escultor del modelado profundo, sereno y turgente.

La obra está ahora entre nosotros y puede dar fe de mis palabras.

Sabido es que, en cada obra maestra, su autor nos entrega algo así como una síntesis de toda su labor. No hay obra maestra disgregada, fragmentaria; no la hay que no recoja toda la personalidad, todo el genio de quien la creó.

En ésta, Clará ha condensado, como en las mejores suyas, la fuerza y la delicadeza de su arte. Ni fuerza desbordada en impulso barroco, ni delicadeza débil y fofa. Lo denso y lo sobrio; lo vivo de la expresión anímica en lo justo de la armadura fisonómica. En suma, lo magistral.

Al acto de incorporar a la riqueza de su hogar, ya por tantos primores del arte enriquecido, este bronce admirable que refleja, como en un espejo dotado de alma, la femenina hermosura de quien lo inspiró, quiere darle América sonoridad de recatada fiesta. Y, como amiga ejemplar, nos hace partícipes de ella a sus buenos amigos. Así, gentilmente invitados, venimos hoy aquí a honrar el arte de José Clará y a compartir con América el júbilo de su día inolvidable...

Este
Elogio de José Clará,
escrito por
Bernardino de Pantorba,
se acabó de imprimir
en la
Imprenta Vda. de R. Tobella,
de Barcelona,
el 10 de febrero de
1942